



EL REINO DE LAS HORMIGAS

José Álvarez Alonso

La selva amazónica son hormigas y mosquitos, he escuchado decir a algunos visitantes. Efectivamente, no hay cosa más ubicua y molesta que estos y otros insectos. En términos de biomasa, los insectos superan con mucho a todos los vertebrados: las hormigas, junto con los otros insectos sociales (termitas, avispas y abejas), pese a que son apenas el 2 % de las 900 000 especies conocidas de insectos, representan entre el 75 y el 80 % de la biomasa animal de la selva, superando a todos los mamíferos, aves, reptiles y anfibios juntos. Y la biomasa de las hormigas puede llegar a representar hasta el 30 % de esa biomasa animal total, y pueden sobrepasar por sí solas a toda la biomasa de vertebrados en una parcela determinada. Una hectárea de bosque amazónico puede albergar hasta siete millones de hormigas. Su biomasa total en la Tierra iguala a la de los 6 000 millones de personas: hay 1,5 millones de hormigas por cada ser humano en este planeta.

En términos de biodiversidad, las hormigas son el grupo más diverso y abundante de los insectos sociales amazónicos (más de 200 especies). Las hormigas representan más de la mitad del total de este grupo de insectos. En un solo árbol puede haber medio centenar de especies, pertenecientes a una veintena de géneros, más que en toda Inglaterra.

Si hay algo omnipresente en la Amazonía son las hormigas. Aquél que las deteste, que no venga a la Amazonía. Se puede evitar la presencia de mosquitos con repelentes, mallas y mosquiteros, pero a las hormigas... no hay quien las pare. Ni hablar, están en todas partes. Uno encuentra a veces nidos en los lugares más insospechados: dentro de un aparato eléctrico, en un zapato descuidado, dentro o debajo de un libro puesto encima de una mesa... Sólo en casa nueva puede que estén ausentes por un tiempo, pero luego

de unos pocos meses ya las encuentras en la cocina, en el baño, en el dormitorio, en todas partes. Y por supuesto, en la comida: cuando se viaja por la selva, uno tiene que acostumbrarse a su sabor, porque a veces es imposible evitar que se metan en los alimentos en tal número que no queda otra que engullirlos con ellas.

Solo el refrigerador las mantiene a raya de los alimentos. Cuando no lo hay, como en la casa de la comunidad de Intuto, en el río Tigre, cerca de la frontera entre Ecuador y Perú, donde viví cinco años, uno se las tiene que ingeniar para poner fuera de su alcance el azúcar, el alimento hormiguil favorito. Cuentan los curitas agustinos de Iquitos (capital de la Amazonía peruana) que el P. Balmóriz, secretario del colegio San Agustín de Iquitos allá por los años 70, estaba tan harto de encontrar hormigas en el azucarero que cuando tomaba el desayuno y necesitaba el azúcar, siempre decía su: «por favor, pásame las hormigas».

Un método muy socorrido es poner el azucarero en medio de un plato con agua. Aún este método tiene sus fallas, pues bastan un par de días para que estas ingeniosas criaturas consigan pasar a través de un pasaje invisible por encima del agua: a veces varias se amarran en cadena haciendo como puente (usando su flotabilidad por encima de la película superficial del agua) y el resto pasa por encima. Parece cosa de magia, la verdad.

UFFFF, EL PUCACURO

Cuando uno viaja por los ríos, a veces se tiene que poner la ropa *con todo y hormigas*. En esta selva tan pobre en nutrientes, las hormigas buscan con afán las sales de la ropa, y uno se las encuentra a veces al po-

nerse algo que estuvo colgado aparentemente fuera de su alcance. Recuerdo una anécdota en particular: estaba yo visitando la comunidad de San Andrés, en el curso medio del río Tigre, y me había alojado en el botiquín comunal, una preciosa casita con lindas paredes de corteza de palmera *pona*, techo de palmera *irapay*, y baranda de tronco de palmera *huasaí* (ver foto). En la tardecita, luego de bañarme en la quebrada como todo el mundo, yo ponía mi “trusa” (traje de baño) a secar en la baranda, inconsciente de que estaba plagada de la diminuta hormiga *pucacuro* (*Solenopsis* spp.). Pucacuro en kichwa-alama, la “lingua general” del tiempo misionero en la selva, significa hormiga roja.

Un día, cuando me fui a bañar al final de la tarde, agarré mi toalla y jabón, me puse el traje de baño y salí caminando por en medio del pueblo hacia la quebrada. A los 15 o 20 metros comencé a sentir el ardor de la picadura de estas diablillas en las partes más vulnerables de un varón; se siente como una quemadura que crece en intensidad a medida que más y más se suman al degüello.

Como yo iba caminando entre la gente del pueblo (eran como las 5.30 de la tarde, y todo el mundo iba de camino a la quebrada para bañarse) me era imposible rascarme y, mucho menos, sacarme el traje de baño, así que *saludando, saludando*, sonriendo a la fuerza mientras sentía derretirse mis atributos, sin poder correr tampoco (me hubiesen considerado un loco), retorciéndome por dentro y apenas logrando disimular el insoportable ardor, caminé los últimos 30 ó 40 metros más largos de mi vida: «Buenas tardes, doña Ashuca»; «así que a sacarse el siso a la quebrada, don Mañuco»; «vamos a hacer pesca, don Ashico»...

Por fin llegué al puerto y, botando la toalla y el jabón, salté como un poseso a la quebrada Yanayaquillo... Ahhhh, qué alivio, sentir el frescor del agua en mi vulnerada virilidad. Debajo del agua pude rascarme a placer, gesticular como loco mientras buceaba, al tiempo que el ardor iba bajando poco a poco.

ÁRBOLES CON MADRE

Es muy popular en la selva una broma al turista o visitante: le indican que un árbol en particular, la tangarana (*Triplaris* spp.), tiene *madre* que le protege, y no se le puede tocar. El incauto visitante, escéptico de los mitos selváticos, a veces se anima a tocar alguna de sus hojas o el tronco... en pocos segundos comprueba en carne propia, gracias a una buena dosis de intenso dolor, que las inocentes hormiguitas que pasean aparentemente despreocupadas son en realidad “la madre” del árbol tangarana (*Triplaris americana*),

las famosas hormigas del mismo nombre, tangaranas (*Pseudomyrmex triplarinus*). No falta latino que grita al sentir la caricia: «puta su madre»... Y el falsamente inocente guía le dice riendo: «¿No te dije que tenía madre?»

Mis encuentros con las tangaranas fueron numerosos como para describirlos todos, desde las que cayeron en mi cuello por topar inconscientemente un tronco infestado, hasta un incidente que tuvimos en el alto río Pucacuro, donde viajé dos veces con mi hermano Suso para recoger información que sustentase la creación de una reserva (la que, efectivamente, fue creada años más tarde). En una curva muy cerrada de un estrecho afluente del río el bote chocó con un bosquecillo de tangaranas, de las que abundan en ciertas orillas fangosas. Las hormigas residentes comenzaron a atacarnos, pero ninguno de los que íbamos en el bote quería sacrificarse echando mano a los troncos para apartarnos... Finalmente, a fuerza de remo, logramos separar el bote, no sin llevar un buen recuerdo de las benditas tangaranas.



El autor en el botiquín en la comunidad nativa de San Andrés, en el río Tigre, hacia 1992.

EL SITARACUY

Los poderosos ejércitos de hormigas soldado, el popular *sitaracuy* (bicho que muerde, en kichwa-alama; *Ecyton buchelli*) de los amazónicos, son uno de los espectáculos más impresionantes de la selva. He visto centenares de veces a estas procesiones predatorias, y nunca dejan de fascinarme, no sólo por las aves que les siguen, profesionales aprovechadoras de los insectos que levantan en sus correrías, sino por las escenas de pánico generalizado que provocan entre los diminutos habitantes del suelo del bosque y de los arbustos bajos: insectos, arañas, lagartijas, escorpiones, ranas, y hasta pequeños roedores, salen despavoridos conforme llegan las avanzadas de soldados.

Muchas veces he sentido la dolorosa mordida de los soldados, provistos de impresionantes mandíbulas, por descuidarme observando absorto el espectáculo al estar estudiando las aves que las seguían, dada mi profesión de ornitólogo. Pero una vez en particular las disfruté plenamente, por todo mi cuerpo. Fue en una zona cercana a la frontera con Brasil, como a unos 30 kilómetros al este del pueblo de Contamana, en la llamada Sierra del Divisor. Yo iba con mi equipo de observar aves por una antigua vial de madereros, y como el suelo era parejo me distraje mirando a una bandada de aves que se desplazaba por el dosel. En un punto me detuve un rato para mirar con los binoculares, sin percatarme de que el suelo estaba ocupado.

Luego de unos momentos comencé a sentir por debajo de los pantalones las mordidas, y cuando miré al suelo vi horrorizado que estaba en medio de una densa columna de sitaracuys. Me habían subido varias decenas, la mayoría por encima de la ropa (por eso no las sentí al principio), pero un montón consiguieron entrar por debajo de los pantalones. Tuve que desvestirme ahí mismo en medio de las picaduras para evitar mayores daños. Felizmente estaba solo, y pude limpiar de intrusos mi vestimenta antes de volver a ponérmela.

Las llamadas *hormigas bravas* u hormigas de fuego (*Solenopsis* spp.) son otras de las que se hacen notar, pese a su pequeño tamaño, cuando tienes la mala suerte de pararte encima de su nido o de un bocado que consideran su propiedad. En pocos instantes te convencen de que es muy mala idea, pero para ese momento ya te han mordido a placer una cuantas; el escozor no sólo duele como fuego, sino que deja una ampolla de pus que en algunas personas se llega a infectar.

LOS PIRATAS ICHICHIMIS

El ichichimi (*Dolichoderus* spp.) es una hormiga bastante rara en muchas zonas; de hecho, está ausente de las zonas de bosque secundario, chacras y pueblos, y solamente abunda en algunas zonas de bosque intacto, por alguna razón que no puedo comprender hasta ahora. Es una hormiga ciertamente inofensiva, no muerde fuerte y no tiene veneno irritante, pero donde abunda se convierten en un fastidio por su manía de meterse en todas partes.

Cuando estuve viajando con mi hermano Suso y los guías indígenas Alfonso Isampa y Enrique Maynas por el Tangarana, afluente del Pucacuro, llegamos a una zona muy particular: adonde atracábamos veíamos a las pocas horas el bote invadido indefectiblemente por el fastidioso ichichimi. Lo curioso es que ni más arriba ni más abajo tuvimos ese problema.

Atracamos un día en un varadero, donde pensábamos meter una canoa en una cocha (lago fluvial), para realizar mis estudios de fauna y para pescar algo para el rancho. Recuerdo que era una cocha bellísima, prácticamente virgen, porque observé lo que nunca había visto en mi vida: varias tortugas *charapa* (*Podocnemis expansa*) soleándose en media cocha, asomando apenas la parte superior de su casco la punta de su cabecita por encima del agua; bandadas de “curuhuaras” (*Mylossoma albiscopum*), especie de pirañas frugívoras que nadaban despreocupadas casi en la superficie, y otros animales acuáticos y terrestres raros en otros sitios.



Las hormigas constituyen hasta el 30 % de esa biomasa animal total en la selva amazónica, que a su vez está compuesta en un 80 % por los insectos.

Previendo el problema del ichichimi metido en nuestro bote, decidimos anclarlo sin topar para nada la orilla o la vegetación ribereña, para impedir el acceso de las insidiosas hormigas. Así que cortamos un buen palo, lo clavamos en el agua cerca de la orilla, y amarramos el bote al palo. Luego de verificar que ni el casco ni el techo tocaba en ninguna parte de la orilla, nos fuimos hasta la cocha. Cuando después de varias horas volvimos al bote lo encontramos... pues lleno hasta el moño de ichichimi. Todas nuestras ropas, equipaje, trastos de cocina, comida, todo estaba cubierto de miles de hormigas. Luego de investigar un poco descubrimos por donde habían pasado: había una delgadísima liana, de esas que llaman “itininga”, que colgaba desde la copa de un árbol y apenas topaba el techo del bote. Las benditas hormigas habían hallado este puente inopinado y enfilado por él sus ejércitos hacia nuestro inerte vehículo. Como dormíamos en nuestras hamacas en el bote (cubierto con techo de *pamacari*, de hoja de la palmera irapay), era obvio que no podíamos convivir con similares vecinos. Así que nos pasamos más de una hora tratando de

sacar a las hormigas sacudiéndolas con ramas y trapos, tarea bastante difícil, porque se comprenderá que tenían sus planes (probablemente buscar alimentos y sales minerales).

Por supuesto que automáticamente bautizamos a la cocha desconocida con el nombre de... *Ichichimi*. Así uno se da cuenta de cómo han sido bautizados muchos lugares en la selva, por el nombre de algún animal o planta que tuvo su historia en algunos de sus primeros visitantes.

CURUHINSHIS COMETODO

Los *curuhinshis*, conocidos por los científicos como *Atta sexdens* (una de las varias especies), y por los no amazónicos como “hormigas parasol”, “hormigas arrieras”, u “hormigas cortadoras”, entre otros nombres locales, por su costumbre de cortar y cargar enormes pedazos de hojas sobre sus cabezas, son otro grupo de terribles enanas, y uno de los más numerosos y que más impacto causa en la selva. Estas hormigas son consideradas hoy auténticos ingenieros del bosque tropical sudamericano (algunas especies se extienden más allá de la Amazonía), pues no solo pueden alterar la estructura del bosque a través de la cosecha de hojas de ciertas especies, sino la estructura y fisonomía del suelo del bosque con sus enormes nidos subterráneos. Los científicos calculan que pueden consumir hasta un 15 % de la biomasa de un bosque amazónico típico. Sus nidos, que sobresalen del suelo como pequeñas montañas de tierra y restos orgánicos, cuando se localizan en zonas estacionalmente inundables, sirven como lugares de salvataje para la fauna que huye de la inundación.

Donde la fauna está más o menos intacta he observado que estas hormigas no son muy abundantes: en el alto río Pucacuro, en la frontera entre Perú y Ecuador, donde no hay población humana (excepto algunos grupos de indígenas en aislamiento voluntario, del grupo de los Waroani y tribus asociadas, y a muy bajas densidades), los nidos de curuhinshi son muy escasos. Y creo que descubrí por qué: una buena parte de ellos mostraban los signos de la depredación del “yangunturo”, o armadillo gigante (*Priodontes maximus*), un animal amenazado por la caza excesiva y muy, muy raro en zonas cercanas a las comunidades indígenas y zonas urbanas, donde el curuhinshi por cierto se ha convertido en plaga. Otro ejemplo más de que el mismo hombre que maltrata la naturaleza sufre las consecuencias en su misma carne.

Cuando uno se encuentra sus ordenadas y atareadas columnas en el bosque resultan simpáticas, un

rasgo llamativo y curioso de la selva. Pero cuando se meten en tu casa, en tu huerta o en tus cosas, ya es otro cantar. Y suelen hacerlo. Cerca de las poblaciones los curuhinshis se hacen realmente odiosos, no sólo por su costumbre de pelar de sus hojas a las plantas cultivadas, sino porque a veces chocan más directamente con la gente: se meten en las casas, y como les atraiga algo que consideran que puede servir para cultivar el hongo que les sirve de alimento en su nido, aunque sea no comestible (como un libro o una ropa), se lo cargan en pedacitos y dejan atrás apenas unos girones.

Sus nidos son casi invencibles, y sólo venenos modernos diseñados para contaminar su alimento las consiguen vencer. Otros métodos, como quemar los nidos con gasolina o excavarlos, rara vez tienen éxito.

Una vez en particular llegué a maldecir a los curuhinshis: estaba haciendo unas evaluaciones ornitológicas en la zona del llamado “Ojo de Contaya”, en la Sierra del Divisor, alto río Maquía, cerca de la frontera con Brasil. Con otros dos colegas habíamos acampado en medio del bosque, y luego de una frugal cena nos metimos en nuestras tiendas de campaña a dormir. Como a la media hora, cuando ya estábamos a punto de dormir, comenzamos a notar un ruido extraño, como un rumor sordo, pero indefinible.

—¿Qué es eso? —le pregunté al guía, un mestizo del pueblo de Contamana, que sabía de selva más que muchos doctores.

—Pues no sé, voy a ver —contestó el hombre.

Se oyó el ruido del cierre de la tienda al ser abierto, y luego una imprecación irrepetible.

—¡P. mare! Salgan inmediatamente de las carpas, está todito cundido del curuhinshi!

Me apresuré a vestirme, agarré la linterna y salí: efectivamente, miles de hormigas curuhinshi cubrían nuestras tiendas, mochilas, ollas en la *tuchpa* (fogón), todo.

—¡Hay que sacarlos antes de que nos destrocen todo. Con esas muelas nos huequean la carpa ahoritita! —gritó el contamanino, que con seguridad ya había sufrido ataques similares en otras ocasiones.

A la luz de las linternas nos pusimos a sacudir hormigas a toallazos como locos. Pero luego de un cuarto de hora de desigual batalla, nos dimos cuentas que no disminuían, sino que aumentaban.

—¡Hay que encontrar el nido, siguen viniendo más y así no acabaremos nunca! —gritó el hombre.

Se puso a buscar entre los arbustos cercanos y, efectivamente, a menos de cuatro metros se encontraba la base de operaciones de nuestros invasores. Era un “zorrupal”, un montón de maleza, hojarasca y otros materiales, amontonados entre las raíces de la base de un tronco de cuyo costado nacían varias lianas.

—Hay que quemarlas —dijo el contamanino—. No hay otra forma de acabarlas.

Juntamos hojas y palos secos, y comenzamos a prender por varios costados. Durante más de dos horas luchamos denodadamente con los invasores, con fuego, palos, machetes, de todo. El contamanino libró con energía el centro del hojarascal, de donde parecían surgir las columnas frescas de hormigas, y metió fuego más intenso en esa zona.

Por fin, luego de miles de bajas producidas por el fuego, comenzó la retirada del ejército hormiguil. Revisamos en las tiendas, y efectivamente, las últimas se estaban retirando, parece que siguiendo órdenes de algún invisible capitán.

Sudorosos, cansados, molestos, nos fuimos finalmente a dormir, jurando no volver jamás a montar un campamento sin revisar en los alrededores por si hay nidos de curuhinshi.

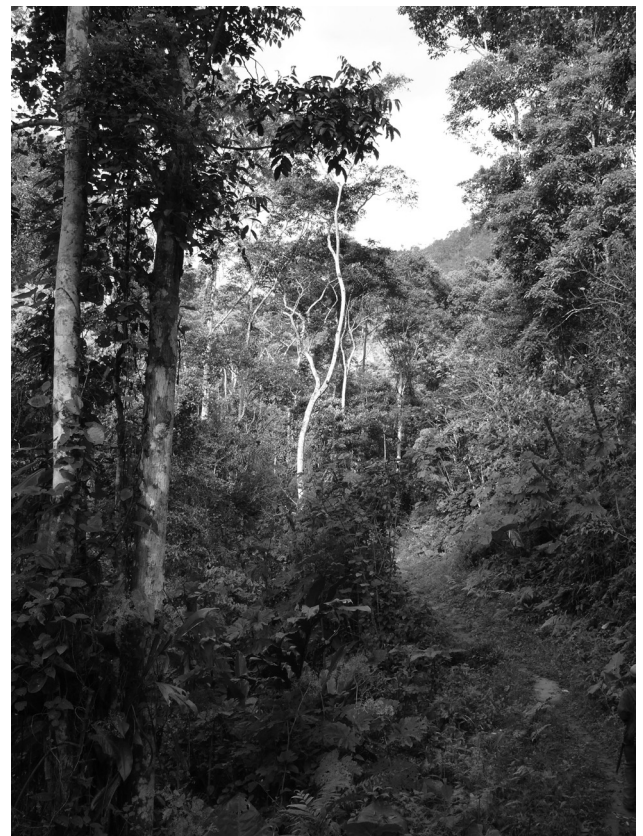
La dulce venganza contra los curuinshis proviene de una práctica ancestral de muchos pueblos amazónicos y de toda Sudamérica donde se encuentran las diversas especies de estas hormigas: aprovechan el vuelo nupcial de reinas y zánganos para cosecharlos en grandes cantidades y comerse su abdomen repleto, frito o tostado con sal. En Perú los conocen como “siquisapas”, que en kichwa amazónico se traduciría por “culo enorme”, y son considerados como una delicia. En varios países amazónicos se los puede encontrar incluso en el mercado ya tostados y envasados.

Un dato interesante, para quienes visiten el Amazonas: el barro fresco extraído de los gigantescos nidos de estas hormigas, impregnado de ácido fórmico, sirve como excelente repelente de insectos, si se embadurna el cuerpo. A tener en cuenta si no gustan de los repelentes químicos, que irritan piel y ojos, y pueden hasta dañar equipos de plástico si son muy potentes.

ISULAS: POCAS, PERO...

La *isula* (*Paraponera clavata*), llamada *conga* en algunas zonas (hasta tiene una cumbia colombiana en

su honor), y hormiga bala por los turistas, es ciertamente la reina de las hormigas. Son predatoras poderosas, y se las ve a veces cargando enormes insectos e incluso pequeños vertebrados, como ranitas o pequeñas lagartijas. No son numerosas, pero el escaso número es compensado con creces con la picadura más dolorosa de cuanto ser viviente hay en la selva, y con su enorme tamaño. Los indígenas, valientes como nadie para soportar el dolor de heridas, golpes y picaduras de otros insectos, se doblegan ante la de isula. He visto a hombres aguerridos llorar de dolor y rogar por un calmante, porque no soportan los dos o tres días que dura a veces la tortura de la picadura de esas gigantes. Curiosamente, hay personas a las que no les duele mucho la picadura de isula, y existe la leyenda de que a quienes no les duele la picadura de isula les duele la de las serpientes venenosas, y viceversa. Pocas veces me han picado, y dada la necesidad de acudir a calmantes, me sospecho que estoy entre los del segundo grupo.



En un solo árbol de la selva puede haber medio centenar de especies de hormigas, pertenecientes a una veintena de géneros, más que en toda Inglaterra.

Existe una creencia entre ciertos grupos indígenas acerca del águila negra llamada “Atchinvieja” (*Spizaetus tyrannus*) y la isula. Esta poderosa águila crestada, de color negro y aspecto feroz, suele sobrevolar el bosque a gran altura, cantando con voz tan

estridente que se escucha desde kilómetros a la redonda, pero solamente cuando el sol está alto y el cielo está bastante despejado. Los indígenas dicen que cuando canta la Atchinvieja, sobre la que por cierto existen otras muchas leyendas, además de ser la madre de la isula, está señalando la hora de sembrar la yuca. Como quienes siembran la yuca suelen ser las mujeres, con la ayuda de hijas e hijos (y dejan a los menores jugando en el suelo a la sombra de algún arbolito), algunos piensan que este tabú es una especie de norma atávica para evitar que la isula, que huye del sol, pique a la gente.

No puede preciarse nadie de ser conocedor de la selva si no ha probado la picadura de la isula. Pero sé de algunos que la han probado en cantidad. He visto una vez a una bióloga retorcerse de dolor, hasta el punto de tener que quedarse en cama con una fuerte dosis de calmantes, porque tuvo la mala suerte de dejar su casaca encima de un nido de isulas. Cuando se la puso de nuevo, no se percató de que la habían invadido unas cuantas. Los escasos segundos que tuvo encima la prenda fueron suficientes para sufrir tres o cuatro picaduras. La suerte que tuvo fue que fueron en espalda, a través de la camisa, y alguna en el cuello. Las picaduras en la punta de los dedos son las más insoportables, por la cantidad de terminaciones nerviosas.

Son famosos los indígenas de la Amazonía brasileña (los Sateré-Mawé) cuyos jóvenes pasan una tremenda prueba para ser considerados adultos: soportar la picadura de varias decenas de esas hormigas insertadas en el tejido de unos guantes de hoja de palmera. Supongo que sobrepasan el umbral del dolor, porque si la picadura de una es insoportable, especialmente si es en una mano, no me imagino qué será la de varias decenas.

Estas enormes hormigas, por cierto, suelen ser parasitadas por un hongo, que las llega a matar. A veces se encuentran sujetas en algún tronco, muertas

ya, con las hifas del hongo saliéndoles por la cabeza o el abdomen (ver foto en la contracarátula). De ahí surgió una de las tantas leyendas que circulan entre los indígenas amazónicos: que una de las especies de lianas más usadas para amarrar desde postes en las casas hasta canastos, el tamshi (*Heteropsis* spp.), nace de la hormiga isula.

HORMIGAS JARDINERAS

Otro grupo de hormigas muy conocidas en los bosques amazónicos son las llamadas ‘hormigas jardineras’, de las que hay varios géneros y decenas de especies, incluyendo *Dolichocerus* spp. y *Azteca* spp. (como las de los nidos de la foto). Viven en simbiosis o asociación con plantas a las que protegen de insectos herbívoros, a cambio de casa y comida. Por estas características, estas hormigas son grandes aliadas de los amazónicos, especialmente en las plantaciones de árboles frutales como el cada vez más popular camu camu (*Myrciaria dubia*), o el cacao (*Theobroma cacao*), pues ayudan a controlar plagas de insectos que de otro modo reducirían la producción. Es un excelente ejemplo de control biológico.

En la selva peruana son llamadas popularmente “busca cojón”, ya se imaginará el lector por qué. Su picadura no es tan dolorosa como la de algunas de las especies citadas más arriba, pero compensan con el número, pues cuando a alguien le cae un nido de estos encima o topa con uno al podar o subir a un árbol, el resultado es fácil de adivinar.

LAS JARDINERAS DEL DIABLO

Hay un caso en particular, de árboles asociados con hormigas, que es objeto de múltiples creencias

La misteriosa “hormiga tigrillo”

En realidad, es una avispa, pero como no tiene alas y camina por el suelo de la selva, la gente la considera una hormiga. Pertenecen a la familia *Mutillidae*, que está extendida casi por todo el continente americano, en las zonas subtropicales y tropicales. Son conocidas como ‘hormigas terciopelo’ en toda América, y “hormigas tigrillo” por los amazónicos, probablemente debido a su colorido patrón de manchas rojas o amarillas sobre fondo negro, no común entre las hormigas, aunque sí entre sus parientes las avispas. Tienen un aguijón enorme y una picadura muy dolorosa, según dicen. En algunos lugares la llaman “mata vaca”, porque pueden derribar a estos animales con su picadura.

Como es un bicho relativamente grande y vistoso es bien conocido por la gente, y recibe diversos nombres locales. También suelen escucharse historias asociadas con el hecho de encontrárselas en el camino, cosa por cierto bastante infrecuente. En algunos lugares consideran que da buena suerte al cazador en su expedición de caza. Entre los Achuar de la frontera entre Perú y Ecuador se dice que si te la encuentras vas a casarte pronto, tan rara es en esas zonas.

y leyendas. Se trata de lo siguiente: en algunas zonas de la selva, en la Amazonía occidental, cerca ya de las estribaciones andinas, aparecen de cuando en cuando en el bosque virgen extrañas formaciones donde domina una sola especie de árbol de tamaño relativamente pequeño, conocido en Perú como caimitillo (*Duroia hirsuta*). El área aparece como si estuviese siendo cultivada o cuidada por alguien, con el sotobosque limpio de hierbas, helechos y plántulas de otras especies. Los indígenas, que no encuentran una explicación plausible a esas formaciones, las atribuyen a un diablillo que según la leyenda habita en el bosque, y tiene fama de hacer travesura y media a los que se aventuran en sus dominios. Por eso las llaman “supaychakra” o “chacra del Shapishico”, y en castellano, “jardín del diablo”. La verdad es que el secreto de estas cuidadosas plantaciones lo guarda una diminuta hormiguita, conocida en algunos lugares como “hormiga limón” (*Myrmelachista schumanni*), por el olor característico a ácido fórmico. Los científicos han descubierto que viven en una especie de asociación con el arbolito, que les provee de casa y comida (hacen sus nidos en los tallos del árbol), y a cambio, las hormigas inyectan el ácido fórmico en las plántulas de las especies que podrían competir con ellas, eliminándolas y creando esa especie de huertos dominados por esa especie. Estas “chacras” pueden tener de unas decenas hasta centenas de árboles, y hasta más de mil metros cuadrados de extensión y tener cientos de años, según han podido determinar los científicos. ¡Una asociación ciertamente beneficiosa para ambas especies!

Recuerdo una vez que estaba caminando con mi guía, un indígena Jíbaro-Achuar, Enrique Maynas, y nos topamos con una de esas chacras del diablo. Las ramas de algunos árboles eran bien bajas y, ante mi ademán de cortar con el machete, me dijo:

—Ñño, no le vayas a cortar, que tiene madre.

Yo le dije riendo que no creía en esas cosas y, por demostrarlo, le corté una sola ramita a uno de los árboles de caimitillo. Un rato después me picó una isula en el cuello. El comentario de Enrique fue en consecuencia:

—Te avisé, Ñño, eso fue aviso del Shapishico; si le hubieses cortado un árbol capaz que te picaba la shushupe (la enorme serpiente muda, terror de los amazónicos, de cuya mordedura él se había salvado de milagro, pero con una mano medio paralizada).

TINGOTEROS OMNIPRESENTES

El *tingotero*, conocido también en algunos países como “hormiga trampa” (*Odontomachus bauri*) es una de las hormigas más omnipresentes en entornos humanos de la Amazonía. Mientras la mayoría de las otras hormigas que he citado están restringidas a la zona rural y a los bosques, el tingotero puede ser encontrado hasta en el patio más urbano, donde haya un poco de basura. Su presencia suele pasar inadvertida, salvo cuando uno manipula algo en el suelo y escucha unos apenas perceptibles chasquidos secos producidos por sus mandíbulas al cerrarse (“tingotazos”, los llaman en la selva peruana, y por analogía, así se llama también a los pellizcos) apenas segundos antes de sentir el intenso dolor de su picadura.

El dolor que producen los tingoteros es intenso, pero tiene la ventaja de que apenas dura unos segundos. Sus mandíbulas son enormes para su tamaño, desmesuradamente abiertas en un ángulo de 180 grados, pues están especializados en cazar pequeños invertebrados del suelo del bosque (especialmente colémbolos). Cuando detectan una posible presa cierran su trampa mandibular, que también usan para ahuyentar a posibles enemigos como el ser humano.



Nido de “hormigas jardineras”, probablemente del género *Dolichoderus*. Es una de las varias especies que se asocia con árboles a los que protege de insectos y otros herbívoros y de los que obtiene a cambio alimento y refugio.

MUCHO POR INVESTIGAR

Esta es solo una pequeña muestra de las docientas especies de hormigas que hay en la Amazonía, las más conocidas en la Amazonía peruana. Los nombres comunes sin duda agrupan a varias especies, según la zona geográfica donde se ubiquen. Constantemente son descubiertas nuevas especies de hormigas, por lo que la cifra total puede ser muy superior. Por ejemplo, hace poco más de una década fue descubierta en Brasil una especie de hormiga totalmente subterránea, ciega, bautizada como la “hormiga marciana” (*Martialis heureka*), presuntamente descendiente de las primeras hormigas del planeta.

También se descubren nuevos rasgos y comportamientos: hace pocos años se descubrió que las hormigas *Atta* cortadoras de hojas son capaces de predecir el clima. Efectivamente, cuando por efecto de bajas presiones atmosféricas se avecinan lluvias torrenciales, las hormigas obreras aceleran el ritmo de recojo de hojas para sus jardines subterráneos de hongos, previendo que habrá luego días en que no podrán salir a recolectar.

Y también recientemente se descubrió que algunas especies de hormigas arborícolas, como *Cephalotes atratus*, conocida como hormiga tortuga u hormiga cabeza, tienen la habilidad de planear cuando caen de las alturas, de tal forma que rara vez llegan al suelo. Un acucioso científico descubrió esto hace pocos años, marcando las hormigas que derribaba desde su

puesto de estudio en un árbol del dosel: comprobó que muchas de ellas volvían a su posición anterior en tiempo récord, que resultaba imposible si hubiesen estado escalando de nuevo el árbol desde el suelo. Luego de repetir el experimento, concluyó que la extraña forma aplanada de la cabeza de este género pudo haber evolucionado para ayudarlas a dirigir su planeo hacia el tronco del árbol desde donde cayeron. Cosas de hormigas.

Fotos del autor.

(Fragmentos de este artículo fueron publicados a mediados de la década pasada en varios medios de comunicación de la ciudad amazónica de Iquitos, Perú).

* José Álvarez Alonso es un ornitólogo leonés, afincado en el Perú desde 1983, que vivió en la Amazonía por más de 28 años. Desde el 2012, con una interrupción el 2017, es director general de Diversidad Biológica en el Ministerio del Ambiente del Perú.